

Desde la cafetería del Centro de Mayores Ávila II, desde la calle Fray Gil, número 12, os presentamos... Encuentros en la tercera fase.

¿Ya estamos todos? Perdón por llegar tarde. No pasa nada, acabamos de llegar. Camarera, cuando puedas... ¿Qué queréis tomar? ¿Qué ponemos por aquí? ¿Qué vamos a tomar? Una cero. Una Radler. Pues yo a estas horas, un verdejo. Atilano, no la mires tanto, que va a parecer que buscas novia.

Antes no me importaba tanto, pero ahora, desde que me jubilé, cuando me levanto sin tener mucho que hacer, tengo un poco de morriña. Es como si la casa se me viniera encima, y noto como la soledad se me cuela en casa a diario. El año pasado, cuando me llegó la jubilación, comencé a plantearme si realmente estaba solo porque quería, y tengo mis dudas de si quiero estar solo o no. La verdad es que la casa cada día me parece más grande.

Juanjo, ¿y tú qué te cuentas? Pues yo os estaba escuchando atentamente, y comparando la jubilación de Atilano con la mía. Cuando me llegó la hora de la jubilación, fue totalmente diferente a cómo yo lo había imaginado. Pensaba que sería más tranquila y sin sobresaltos. Pero la vida te da sorpresas. Tuve que tomar anticipadamente muchas decisiones por el repentino fallecimiento de la madre de mi Alicia. Tenía que hacerme cargo de ella al cien por cien. Como sabéis, es una preciosa Down, pero claro, eso despertó en mí ciertos miedos.

Pues me encontré con Ventura, mi cuñado, y me dice que a él la jubilación le está viniendo muy bien. Eso de levantarse sin que el despertador le saque de la cama es un lujo. Se prepara el desayuno y se sienta a tomarlo, escuchando la radio sin prisa ni nada. Dice que eso solo lo hacía en vacaciones o el fin de semana. Y lo de salir a pasear y poder quedar con los amigos para echar un rato en cualquier momento, o casi. Pero dice que para él es la sal de la vida.

Dejar sitio a la camarera. Atilano, a ver, toma. Tú, tu 0,0 y tus torreznos. Juanjo, para ti, tu Radler. Y las revolconas. Y para mí, el verdejo y... ¡otras revolconas! Muchas gracias, salada.

Pues el otro día me encontré con Fernando, el conductor, el que hacía las mudanzas antes de jubilarse. Me dice que para empezar le ha quedado una pensión ridícula, de 925 euros, e inmediatamente después de dejar de trabajar llegó la pandemia. Y para colmo, cuando ya se terminaba el bicho, sus hijas le hacen responsable de sus hijos, o sea, de sus nietos, a los que adora. Pero al final, los abuelos somos los padres sustitutos, y él no hace otra cosa que llevarlos, traerlos de acá para allá, entretenerlos y mil cosas más. Y aunque él lo hace con todo el amor del mundo, lo cierto es que siente que le están robando el poco tiempo de vida aceptable que le queda.

La verdad es que yo le comprendo. A mí hablar de mis miedos me cuesta, pero me libera de ellos. Lo primero que me vino a la cabeza, aunque no tengo muy claro el orden, fue si mi hija Alicia se adaptaría a todo lo que conlleva la nueva situación: cambio de casa, cambio de centro, dejar atrás amigos, algunos con más de veinte años de amistad. Pensaba que sería duro para ella, lo que me produjo desasosiego y algo de ansiedad. Pero la realidad fue muy distinta. Aunque en los primeros días sí estuvo triste, en cuanto fuimos al centro ocupacional y conoció a sus nuevos compañeros, estos la acogieron como si siempre hubiera estado allí.

Ha mejorado su autoestima y autonomía personal, es feliz y hace feliz a todos los que la rodean.

Pues yo, con Lucas..., bueno, ya lo conocéis, lo peor es cuando se mete a cocinillas y piensa que eso de hacer la comida lo puede hacer cualquiera. ¡Y me lío unas en la cocina! Lo pone todo patas arriba y piensa que lo ensuciado se va solito a la pila del fregadero. En cuanto me descuido se le achicharran las lentejas y ya la tenemos montada. No se deja enseñar y con malos modos me dice: "Deja, que yo lo sé hacer." Y después viene lo que viene, hay que bajar a por un pollo asado a la esquina.

Anda, no te quejes tanto, porque yo preferiría estar con alguien que también me diera la lata. Yo llevo solo más de dos décadas currando de mañana y tarde. Nunca tenía ni tiempo ni ganas de buscarme una chica, una novia, la media naranja o, como se dice ahora, una amiga con derecho a roce. Pero ahora que tengo mucho tiempo libre para estar en casa y me doy cuenta de lo vacía y silenciosa que es mi vida, creo que la soledad comienza a sentarme algo molesta, cuando no una amenaza. Pero que conste, ya no me doy por vencido.

Me dice Ventura que también podría usar más el centro de mayores, como hace él. No solo para tomar algo o comer barato, es que además se pueden hacer actividades para las que antes no teníamos tiempo, como pintar, trabajar el barro, carpintería o hacer gimnasia, jugar al billar..., y también hay bailes de salón. Puede que allí encuentre pareja.

¿Qué? ¿Pedimos la última? Porque yo quiero otra Radler. Venga, pues otra 0,0. Pues entonces yo otro verdejo.

Terminando de hablar de mi jubilación, el otro miedo que me vino a la cabeza fue qué pasaría con mi relación de pareja. Hasta ese momento no había surgido ningún problema, pero al hacerme cargo de mi hija no sabía cómo se podían compatibilizar ambas responsabilidades. Me agobié un poco para nada, porque gracias a Dios me lo pusieron fácil. Mi pareja me dijo que, si para mí no era un problema, para ella tampoco. Así que, a día de hoy, seguimos juntos y felices.

Pues yo de joven no me comía muchas roscas, pero ahora pienso comérmelas todas. Yo al final me voy a animar, me voy a meter en una de esas aplicaciones de móvil que te busca chica. El Binder o el Kinder. Atilano, Kinder no. Kinder son los huevos de chocolate. Tú a lo que te refieres, de lo que estás hablando es de Tinder.

La verdad es que yo ahora mismo, si pudiera, pediría el ingreso de nuevo al ministerio. Ventura y yo llevamos más de cuarenta años juntos, pero en realidad apenas nos conocemos. Cuando los niños eran pequeños, porque eran pequeños, y estábamos a turnos. Él por la mañana y yo por la tarde. En casa él se ocupaba de algunas cosas, y yo del resto. Después cuando creíamos que llegaría la calma, apareció la crisis, y los chicos, los dos, volvieron a casa. El mayor, separado, y la otra, soltera. Luego, la pandemia. Madre mía, ¡qué de tiempo juntos sin vernos ni oírnos! Y ahora la mayoría de las veces casi siempre compartimos el silencio, y el resto son broncas. Os lo voy a mandar aquí, a ver si me lo espabiláis, antes de que no valga para nada.

Aquí viene la penúltima, brindemos. ¿Por qué brindamos? Pues cada uno que brinde por lo que quiera. Empiezo yo: por el amor y la felicidad. Por una jubilación sin muchos sobresaltos ni atagantamientos. Pues yo brindo porque el año que viene y cuando nos volvamos a ver, sea yo el que pague las cervecitas para celebrar mi salida de XXX. Pues ¿sabéis lo que os digo? Que lo mejor está por llegar.

¡Chin, chin!